Tom. II. Num. 48. —177— 10 de Marzo de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

A los Sres. Suscritores.

Con la entrega 50 concluirá el segundo tomo de La Risa. Se repartirán en breve á los que han adelantado su importe, los retratos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Principe y Bonilla.

Los señores suscritores se servirán renovar oportunamente la suscricion, para no esperimentar retardo. Los que adelanten el importe de 25 entregas, tendrán opcion á cuatro retratos. Uno de estos será el de nuestra apreciable colaboradora doña Carolina Coronado.

En el tomo tercero se dilucidarán entre otras las interesantes cuestiones siguientes: Si es preferible tener mucho apetito y poca comida, ó mucha comida y poco apetito: Si vale mas muger fea y rica, que pobre y hermosa: Qué es mejor entre ser viejo con salud y jóven sin ella: Qué sería peor entre ir en el invierno en trage de verano, ó en verano en trage de invierno: ¿Vale mas ser rico y tonto, que sábio y pobre?

UNA VERDAD COMO UN PUÑO.

Se me ha puesto en la cabeza,
y voto vá San Ginés
que aunque pese al universo
atrás no me he de volver.
Y antes de seguir ¡oh Ayguals!
quiero advertirte cortés
que me remitas hoy mismo
el album de tu muger;
porque es justo ¡vive Dios!
que haga una escepcion con él,
ya que con todos los otros
preparo un auto de fé.
Pues señor, estáme atento
porque quiero C por B
espetar cuatro verdades
que han de hacer bulto de diez.
Al ir á doblar la esquina
de mi casa antes de ayer,
me dí de manos á boca
con el elegante Andrés.
Ya le conoces... buen mozo,
equipado á la dernière,
gran figurin de las modas,
verdadero parisien
en el vestir y el andar,
en el dormir y el comer,
dado que ni estuvo en Francia,
ni deletrea el francés.
Mas este, Ayguals, es su fuerte,
y como hay de este jaez
tantos otros, pasa entre ellos
por la torre de Babél.
Ademas ya habrá llegado
á tu noticia tambien,
que aunque con duques se trata
y vive como un marqués,
ni tuvo nunca, ni tiene
esperanzas de tener
mas renta y bienes raices
que sus barbas y tupé
(lo cual respondió Ventura
á quien yo conozco bien,
en una ocasion que él sabe,
y por lo que yo me sé.)
Pues señor, Andrés es este,
y para la completez
del individuo, oh Ayguals,
que sepas es menester
que no hay baile, ni paseo,
ni tertulia, ni café,
ni una fonda, ni un teatro,
ni una reunion, donde el
parecido ó convidado,
sócio ó amigo no esté.
Con este pues cual lo pinto
fué con quien dí antes de ayer.
—Oh dicha! Zorrilla mio!
—Oh suerte! mi Don Andrés!
cómo está usted?
—Yo? tan guapo,
Pepe del alma, y usted?
—Como siempre, tambien guapo.
(Salvo mejor parecer.)
Dónde vá usted por aquí?
—A su casa.

—Suba ustéd,
que á la puerta está.
—Con mucho
gusto.
—Mírelo usted bien,
que hay que apechar por seis tramos.
—Aunque fueran diez y seis.
—Subamos pues.
—Pues subamos.
Y hénos en un dos por tres
en mi estudio cara á cara
él conmigo y yo con él.
Ya estamos solos. Qué es ello?
le dije yo; y sin perder
un momento, ante los ojos
con la dignidad de un rey
me abrió un album por un hoja
de blanquísimo papel,
quedándonos uno y otro
ante la mesa de pié.
Me alegrára, Wenceslao,
que hubieras podido ver
los dos tan distintos gestos
que pusimos á la vez.
El con una sonrisita
de importancia, y como quien
dice, yo soy todo un hombre,
me miraba de través:
lo cual me hizo á pesar mio
recordar el cuento aquel
en que dijo á un castellano
desde un pozo un portugués:
«Casteçao salva mi vida,
que te la perdonaré.»
Yo en tanto frunciendo el ceño
le contemplaba tambien,
entrambos como dos gatos
que un plato por medio ven
y recelosos se miran
sin atreverse á comer.
Yo al fin con este descaro
que Dios me dió y este *aquél*
que por ese mundo viejo
yo mismo me procuré,
con un tono entreverado
de franqueza y de dobléz,
con el jóven *petit-maitre*
así el diálogo anudé.
—Con que mi firma en esta hoja
es lo que ustéd quiere?
—Pues:
no fuera el album completo
si faltára la de ustéd.
—Pues ahí está, dije yo;
cogí la pluma y firmé.
—No es eso, señor Zorrilla,
lo que se quiere.
—Pues qué es?
—Una composicioncita
á propósito; ocho ó diez
estrofitas, de esas cosas
tan bonitas que hace ustéd.
—Es lisonja que ustéd me hace;
mas vamos claros pardiez,
que esto vá largo y me esperan,
amiguito Don Andrés.
Yo soy un hombre algo zaino,
que como ustéd sabe y vé,
estoy hasta aquí de versos
(y le señalé á la nuez.)
Si de llenar ese album
se ha tomado el cargo ustéd,
ha hecho ustéd mal, porque un hombre
no se puede prometer
que otro hombre de mal humor
se dé un mal rato por él.
—Por mí no: por la señora
dueña del album.
—Quién es?
—Es una niña hermosísima,
mas no la conoce ustéd,
si ustéd la viera.
—En tal caso
no dude ustéd, Don Andrés,
que emborronára de ese album
con mucho gusto el papel.
Pero pues no me conoce
ni á ella yo, perdone ustéd
si le digo que no quiero
hacer una letra en él.
Nada esa señora y yo
nos debemos.
—Ya se vé.
—Si mi firma por capricho
tiene gusto de tener,
ahí la lleva, y esto basta;
pero que se aplauda ustéd
de haber molestado á tantos
con el album, y á los pies
de esa señora hermosísima
vaya ustéd solo á ofrecer
los frutos apetecidos
de la pluma y del pincel,
sin que nunca en tiempo alguno
esa señora ni ustéd
al pintor, poeta ó músico
se lo hayan de agradecer,
eso no será en mis dias
ni conmigo, Don Andrés.
—Pero un album.... uno solo....
cuatro estrofas....
—Mas de cien
me han traido esta semana,
y no conozco ni tres
de los nombres de quien son,
y ni uno supo volver
á decirme: muchas gracias,
con mi amistad cuente ustéd.
—Eso raya en grosería,
Pepe, un desaire... y á quién?
A una señora, en un album!
—Acabemos, Don Andrés,
y escuse reconvenciones
de cortesía, porqué
víven los cielos que ahora
fuera mucho mas cortés
que esa señora hermosísima
en vez de enviármele á ustéd,
me mandára á su lacayo
ó algun mozo de cordel
con el album, y un billete
que me obligára á volver
atencion por atencion:
ya que esta ruin estrechéz
de los tiempos que alcanzamos
no la permiten hacer
mejor espresion de aprecio,
sin precio vil, que vil es.
Me esplico? Eso es cortesía
y educacion, Don Andrés;
dar mi firma por la suya,
ó si oportuno lo cree
con un mal ramo de flores
ó cosa así... entiende ustéd?
no pagar tan ruin servicio,
la atencion agradecer.
Esto, Don Andrés de mi alma,
á esa hermosa dirá ustéd
de mi parte, mientras yo
en un mal romance en é
se lo digo á todo el mundo
que le siente mal ó bien.=José Zorrilla.

EPIGRAMA.

Tenia Miguel afan
por ostentar librería,
y gastaba su manía
mas en librajos que en pan.
Pero ya gratis, Miguel,
tiene lectura de sobra,
pues lo selecto de una obra
está todo en el cartel.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

LA BRUJA.

III.

A través de las ignotas convulsiones, que estremecen de súbito la material natura, dormitante por luengos dias en su normal inercia; á pesar de los políticos inopinados sacudimientos que bambolean á deshora los imperiales tronos y las divinas aras, poniendo los estados en social epilepsia, con harto detrimento de su vitalidad; á despecho de las bélicas tempestades, aborto aniquilante del mavortino influjo, que eliminan de la societaria comunion los individuos, á su sosten y resplandor tan necesarios, tiñendo de humor purpúreo, tépido y espumante, la esferoidal superficie del planeta, que de habitáculo sirve á la humanal especie.... (Hé aquí una entrada que tomarán los lectores por un plagio; como si á mí me faltasen alas para elevarme á las estrellas, en un momento de inspiracion.) Aun á pesar de la mordiente envidia, que con hálito pestiferante.... (pero si sigo, lector, en esta escala, me elevaré tan alto, que *ni con telescopio* me distingas.)

A despecho de todas las cosas, llegarán estas páginas á la posteridad.... sí, llegarán sin duda, por su importancia *filosófico-histórica*; por el influjo que ejercer puedan algun dia sobre las ciencias, sobre las artes, sobre las costumbres, sobre la civilizacion.... *et super omnia !!!* Sí, llegarán! y los nietos de los nietos de nuestros nietos, repasarán estupefactos esta leyenda, que ha de inmortalizar á la tia Calandria, y á mí juntamente, porque saqué del olvido su memoria.... ¡oh gloria póstuma! cuánto alhagas mi corazon! tú vivirás eterna!... Ya deseo morirme para que luzca en mi calavera tu aureola rutilante!

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne á dar la vida!

Pero, no, no.... detente!,... que esa redondilla con que te llamo no ha salido de mi cabeza!.... Déjame terminar esta leyenda, que ha de ser el floron mas brillante de mi corona.... y en pos que la termine (la leyenda, no la corona, que será ¡si Dios quiere! interminable), descarga sobre mi cuello el golpe final, y esculpe sobre mi tumba este epitafio:

Detente por un instante,
detente caminante!
De esta tumba delante
dirás con voz segura y resonante:
(si no lo dices, serás un mandria.)
¡¡¡Inapagable lucirá la gloria
del que escribiera la inmortal historia
de la TIA CALANDRIA!!!

Y en tanto que la muerte viene á ponerme en pleno dominio de esa inmortalidad tan anhelada, (de que yo gozaré tranquilamente, muy tumbado á la larga, y sin dárseme un bledo por cosa alguna,

y en mi tranquilo estado,
ni envidioso del mundo ni envidiado);

entretanto, lector amigo, para anudar la interrumpida historia, te diré con el tono de conviccion profunda que arrojan de suyo los hechos de que estamos convencidos.... que ni Píramo y Tisbe, ni Laura y el Petrarca, ni Abelardo y Eloisa, ni Julieta y Romeo, ni Angélica y Medoro, ni los tan celebrados amantes de Teruel, ni todos los amantes

:

presentes, pasados y futuros,
se aman, se amaron, se amarán

con tanto estremo como la tia Calandria y sus gallinas.

Mas ¡ay! en la mañana fatídica y horrible, á que la historia se refiere; en aquella mañana tremebunda en que la tia Calandria (¡nombre inmortal que no me cansaré de repetir!) bajó, como va dicho, á entablar su plática ordinaria con las gallinas.... ¡cuán lejos estaba la infelice de imaginar el popular pedrisco, ya próximo á caer sobre su cabeza!

Por eso, al contar sus huevos, los huevos de las gallinas (*posturas naturales de ave cacareante*, como dijera un escribano de mi lugar); la pobre muger, en la efusion espansiva de su gozo, derramaba lagrimones como avellanas, y se reia á *mandíbulas batientes*, y saltaba y brincaba, y hacia zapatetas en el aire, y rechinaba de gusto las encías..., porque los dientes se le habian caido al mascar una breva.

Y en lo mas culminante de su entusiasmo, sintió á deshora un murmullo sordo y prolongado, que acercándose por momentos, dejó percibir muy pronto gritos articulados por este filantrópico diápason:

Muera!—la bruja!—pronto, á la hoguera!—Si! achicharrarla como torrezno!

Al escuchar tan horrorosos gritos, quedó la tia Calandria inmóvil como la efigie del espanto...: cayóse de sus manos un huevo que con delicia contemplaba, y que, estrellándose al punto, manchó de yema y clara el verde zagalejo de la infeliz!... Mas ella sin apercibirse de esta desgracia (que tal es el efecto de otra mayor), quedóse, como antes, escuchando el vocerío con una sonrisa estúpida.... ¡romántica!.... porque aquel vocerío la desgarraba el corazon, sin que ella supiese darse cuenta de su orígen.

Era el pueblo *sensato, benigno, circunspecto y virtuoso* (como llamara el fiel de fechos á aquel peloton de hipopotámos con calzones); era el *pópulo bárbaro* (como la crónica le llama) que, furioso contra la bruja, reclamaba *un auto de fé*.... justo castigo de *un acto de caridad*, que tal hizo, por cierto, quien sustrajo una criatura racional de entre aquella manada de cuadrúpedos.

Pero el ruido crecia y se aumentaba sin tregua alguna, y al clamoreo descomunal de la rabiosa plebe, sucedieron muy pronto los golpes de hacha... (instrumento ejecutivo de los motines, que someten el porvenir de los imperios á una cuadrilla de leñadores): del hacha destructora, que al fin puso la suerte de una *muger sublime*, al arbitrio de aquella grey enhambrecida de antropófagos!...—La pluma se resiste al escribir las escenas de aquel dia: ¡triste destino el del historiador, que de historiar se encarga los sucesos del mundo, para enseñanza provechosa del mundo mismo!

Al primer hachazo, retembló en sus quicios la acometida puerta, barrera miserable entre la víctima y sus verdugos.... los golpes menudearon furiosamente, y al fin la endeble tabla saltó en astillas, abriendo real camino á los caribes, que en aluvion entraron, corriendo hácia el corral en derechura, como el sitio seguro de hallar entonces á la infeliz Calandria... ¡Y la encontraron!... inmóvil en un punto, en medio de sus gallinas, que en torno se agrupaban con los alones gachos, cual si un presentimiento les anunciára la próxima catástrofe.—¿Dónde habrá pincel que á describir alcance el horroso cuadro que presentó el corral por un momento?

El pueblo furibundo, que entraba ensordeciendo el aire con gritos de muerte!... la tia Calandria, como una vision del otro mundo, la boca comprimida y los ojos en blanco!... y en torno taciturnas, formando círculo las absortas gallinas, guarnicion impotente de aquel muro, sitiado por la hidrofóbia popular!... Pasemos un velo impenetrable por tan horrible escena! *Animus meminisse horret, luctuque refugit... Los animales mismos horrorizados y enlutados huyen!*

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

En la plaza constitucional de la aldea comienza á inflamarse una hoguera voráz, á la que tres gergones prestan alimento.

«Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Allí viene, el rostro pálido,
sus miradas de terror
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.»

Estos versos no son de la crónica. Pertenecen á un gran poeta contemporáneo, que ahora surca los mares hácia la patria de Motezuma, para buscar en ella la proteccion, negada siempre al talento en la patria de Pelayo. ¡Oh Gutierrez! cuando pises, por tu fortuna, el suelo americano, acuérdate de mandar á tus compatriotas siquiera un adarme de ilustracion.... de aquella ilustracion que ellos llevaron en algun tiempo á esos confines, en que la sembraron toda entera, sin reservar un grano para este suelo inculto, donde, en lugar de ilustracion, nacen pepinos.

Tal vez llegará dia en que un descendiente de Motezuma surque los mares con un ejército pode-

roso de Tlascaltecas, á conquistar en el siglo XIX á sus conquistadores del siglo XVI. Mas cuando vengan ; oh Gutierrez! ya encontrarán tu patria convertida en melonares.

Pero volvamos á la historia.

Asciende en nube densísima
del humo el negro turbion ;
y en ráfagas por la atmósfera
lo disipa el aquilon.
Y enhiesta como un espárrago
desde la frente al talon,
la tia Calandria con énfasis
clama en valde—*Compasion!*

Y allí las gallinas míseras
donde la infeliz está,
vierten sin consuelo lágrimas,
por su señora quizá ;
Y en circunstancias tan críticas
cerca de la hoguera ya,
murmuran con ecos lúgubres
—cá-caracá-caracá!

Mas el pueblo, insensible á sus clamores,
y á los clamores de la tia Calandria....
(Oh ¿decís que estos versos no son versos ?
pues tienen once sílabas contadas!)
El pueblo desalmado, á los clamores
que la infeliz y sus gallinas lanzan....
(Ahí tienen los lectores ese verso,
mas sonoro, pardiez, que una campana!)
Pues decia.... que el pueblo á los clamores
que la infeliz y sus gallinas lanzan,
(Oh! qué verso!) en tropel junto á la hoguera,
responde con alegres carcajadas!

Y escúchanse
atroces
mil voces
al par:
Quememos
á esta
que infesta
el lugar!

Y lanzando centellas por los ojos,
clara señal de su tremenda rabia,
los unos agarraron las *gallinas*,
y los otros ¡oh cielo!.... la *Calandria!*
Y en esto la alcaldesa enfurecida,
con el candil se presentó en la plaza ;
y acercando su luz hácia la pira
(sin advertir el humo ni las llamas),
Con sonrisa de hiel, en ronco acento,
«quiero encender la hoguera! murmuraba,
para tostar á la maldita bruja,
que el hijo, me robó, de mis entrañas!!»

Sonriese
al fuego....
vé luego
un gergon;
Le rompe
y encaja
de paja
un monton.

¡Viva (grito un muchacho) *la alcaldesa!*
y se escuchó en los grupos—*bien, muy bien!*—
y al agarrarse todos de su presa,
—muera la bruja!! se escuchó tambien.
Y ya en hombros de cuatro levantada,
para que todos la pudiesen ver,
apareció en el aire desmayada
la *singular, cuanto infeliz muger.*
Ya en alto, con afan la columpiaban,
para lanzarla desde allí mejor ;
ya en el momento de arrojarla estaban....
cuando de pronto resonó un tambor.

Y (hablando en prosa) todos creyeron incontinentí, que, á los conjuros de la bruja, venian por el aire los demonios á libertarla de sus uñas; y abandonando el sacrificio, llenos de asombro, cogieron el tole por las calles, á esconderse cada huron en su madriguera.

A poco, batiendo marcha, entraron en la plaza treinta soldados, con un bizarro subteniente á la

cabeza. Venian entre filas cinco mugeres, y de las cuales la mas vieja estrechaba un hermoso niño entre sus brazos : eran, como indicaban su aspecto y

su ropage, cinco gitanas aventureras, que al dar con los soldados, fueron apresadas por sospechosas, y conducidas á la aldea, por ser la mas cercana del camino.

Grande fué la sorpresa del oficial, hallando la plaza sola, y en medio aquella hoguera formidable; pero creció al estremo, al ver una muger desmelenada y sudorosa, que, con los brazos estendidos, salió á su encuentro demandando con voz enronquecida—*socorro*! *socorro*!—En breves palabras esplicó la infeliz el peligro eminente á que se viera espuesta, redoblando el asombro del oficial, que se daba mil parabienes por su llegada, tan oportuna entonces, á la aldea, mostrando con el dedo á su protegida el niño moribundo que aun abrigaba entre sus brazos la raptora.... Al ver la criatura lanzó la tia Calandria un grito de gozo:—*el hijo del alcalde*! prorrumpió con acento estrepitoso; y arrancándosele con furor á la gitana, cubrió de besos el rostro de aquel niño, causa inocente de sus desgracias; y esto prueba, sin duda, los elevados sentimientos de mi heroina.

—*Bien sospechaba yo de estas bribonas*! esclamó el subalterno con un taco; y dirigiéndose á la tia Calandria con dulzura—*guiad*, le dijo, *á casa del alcalde, para que sepa el hallazgo de su pimpollo, y reconozca vuestra inocencia, poniendo á estas malditas donde el sol no las alumbre*. Mandó *el alto* á la tropa, y los dos se encaminaron hacia el concejo, ella besando al niño con maternal ternura, y él repitiendo con complacencia—*he salvado una victima*!

Pero ¡ay! otras víctimas, no menos inocentes, quedaban en peligro con la ausencia del oficial! Aludo á las gallinas (y esta alusion no es personal, sino gallinesca): las infelices aves, absortas y taciturnas, empinaban la gaita junto á la pira, sin saber qué pensar de aquel suceso, ni resolverse á decir una palabra; cuando el tambor maldito reparando en ellas, las levantó en el aire como una ristra, y á tan elocuente insinuacion, se acercaron en masa los soldados, precedidos del sargento,

que, por no quebrantar la disciplina,
de los soldados colocóse al frente,
para.... agarrarse la mejor gallina!

El éxito de la lid no era dudoso: los sitiadores avanzaban en columna con un esperto gefe á su cabeza, y los sitiados tuvieron que entregarse á discrecion del enemigo.... ¡Lo que pesa la pericia de un general en la balanza de Marte!—Mas la victoria fué sangrienta!!! No hubo cuartel para las gallinas, que en el instante fueron muertas, peladas, asadas y comidas, con grande contento de los estómagos... Oh iniquidad horrible!!! Pero el dia del juicio no está lejos!!!

Aquí esclama el cronista con entusiasmo.

¡Oh, gallinas celebérrimas
que por su adversa fortuna,
fueron inocentes víctimas
de la soldadesca furia!
Salud á sus *manes inclitos*!
Su nombre.... en vano se busca!
Ni en el Congreso una lápida!
Ni un epitafio en su tumba!!

El cronista deseaba tal vez *epitafiar* con letras góticas... el ombligo de aquellos vándalos... (*ombilicum vandalorum*, por decencia).

Un momento despues de la catástrofe, llegó la tia Calandria, llamando á sus gallinas con un ¡*pitás*! espresivo y cariñoso, á que ellas hubieran contestado con mucho gusto, *si vivas fuesen*, y al que no contestaron, porque *eran muertas*! Sonó segunda vez aquella interpelacion tan elocuente, y el silencio de las tumbas fué su respuesta: un horrible presentimiento se apoderó de la tia Calandria, que con las manos al corazon, para contar, sin duda, sus latidos, acercóse á la hoguera con turbios ojos. no sin lanzar del alma todavia un ¡*pitás*! quejumbroso y apagado.... Oh!!! sus aves tan queridas ya no estaban en aquel sitio, y en su lugar habia dos objetos harto elocuentes por desgracia, *plumas*.., *sangre*!

A tal espectáculo, la desesperacion mas horrorosa se pintó en el semblante de la infeliz: vidriáronse sus ojos; y con un movimiento convulsivo, se dirijió á la hoguera, barbotando con amargura, *no os sobreviviré*! y á punto de precipitarse entre las llamas, la contuvieron los soldados, no poco sorprendidos de aquella escena. ¡A qué precipicios no arrastra el torrente de una pasion volcánica y profunda!

Gracias al cielo, el suicidio no pudo consumarse: vivió la tia Calandria, pero ¡cuán tormentosas fueron las horas de su existencia!

Sus ojos, hechos fuentes,
manaron noche y dia
lágrimas de agonía,
gordas cual nueces.... ¡mas!
Y en súbitos accesos,
sin tregua en su martirio,
clamaba con delirio
—*pitás*! *pitás*! *pitás*!!!

Su vida ejemplar y misteriosa, la conquistó un respeto universal en la comarca entera: sus mismos

vecinos (¡los que quisieron achicharrarla como un torrezno!) la levantaron, mas adelante, una estátua de adobe con esta inscripcion:

EN HONRA Y GLORIA DE LA TIA CALANDRIA.

Esta muger incomparable murió en gracia de Dios, á los cien años cumplidos; de estado virginal (que otros llaman honesto), y á las doce de una noche, hora fatal en que cantó un gallo, lo que vino á acibarar sus últimos momentos.... Como á Luis XV de Francia, la arrastraron al sepulcro unas viruelas de mala intencion.

Muerta la tia Calandria, fué tenida por los ignorantes en opinion de bruja, por los fanáticos, en opinion de santa; y por el cronista de la historia, hombre de peso á la verdad, en opinion de *difunta*.

E. F. Sanz.

LETRILLA Ó LO QUE SALGA.

Ni huevos ni chocolate.

Cante el Señor Don Abundio
las glorias de sus guisados,
cante Ayguals los *estrellados*;
chocolate, Fr. Gerundio;
mas yo, que soy un petate,
ni huevos ni chocolate.

Si dice el uno que es bueno
el cacao Güayaquil,
y el otro, genio sutil,
que el chocolate es veneno,
digo yo para remate
ni huevos ni chocolate.

Que yo estoy por el jamon
y las lonjas de tocino,
que es escelente el cochino,
reverendo animalon;
muy *reverendo*.... mas tate,
ni huevos ni chocolate.

Allá en remotas regiones,
en las riberas del Nilo,
huevos pone el cocodrilo
pero no pone jamones;
repito á uno y otro vate
ni huevos ni chocolate.

Es señal de la miseria
el chocolate maldito,
y un huevo no vale un pito
para un gañán de la Iberia....
—¿Qué nos dices, botarate?
—*Ni huevos ni chocolate.*

Y pues del *jamon á bajo*
yo no respeto *á ninguno*,
paciencia, vate frailuno,
y tú, Ayguals, usa tu cuajo,
que no digo un disparate;
ni huevos ni chocolate.

No se me arruga el ombligo
al clamar ¡los de Caldelas!!!
ni amaino ni corto velas,
que no cedo á mi enemigo;
no paro hasta que le mate
con huevos y chocolate.

Para alabar yo me pinto
con sandunga, ya lo vés,
los jamones de Avilés,
que son mas con tercio y quinto,
si se frien con tomate,
que huevos y chocolate.

¡Wenceslao por Belén
que me gusta tu frescura!
tendria, amigo, este cura,
por el mango la sarten
que las magras.... no se trate
de huevos ni chocolate.

Vuestra astucia no me pilla,
vuestra aprobacion no busco,
haced, pues, de soconusco
y huevos una tortilla
y quedareis como nuevos;
ni chocolate ni huevos.

Y ya mis nervios no aguantan
los gritos de la huevera,
y está mi pobre sesera
que hasta los huevos la espantan,
y no admite mi gaznate
ni huevos ni chocolate.

Y tal es el rudo encono
que esconde mi corazon,
que siempre por el jamon
en todas partes abono,
y grito como un orate,
ni huevos ni chocolate.

Ya despliego á toda vela
el pendon en mi terreno,
y al chocolate condeno
á que se tome en cazuela,
sentenciando, á lo magnate,
ni huevos ni chocolate.

Y desde este tribunal
de mi *santa inquisicion*,
mi escudo será un jamon,
y con voz descomunal
diré: «venid al combate
con... *huevos y chocolate.*»

Eduardo Lopez Pelegrin.

AMBIGÚ.

Embuchados.

Se eligen los intestinos mayores del cerdo, y despues de haberlos lavado y desangrado por espacio de veinte y cuatro horas en agua fresca, se dejan escurrir y secar; se dividen á lo largo con la carne tambien cortada de la misma manera, y con manteca en pella en pequeños pedazos, añadiendo sal, pimienta y plantas aromáticas majadas: con cuya composicion se llena otro intestino, haciéndolo del grueso conveniente. Se ata por ambos estremos, y se pone á salar.

Morcillas.

Se cortan cebollas en pedazos, se pasan por manteca ó pella derretida; pero no de modo que tomen color; se pica con ellas una libra de pella por cada azumbre de sangre, mezclándolo todo, y añadiendo yerbas finas picadas menudamente, sal, especias y nata. Con esta mezcla se llenarán los intestinos, *habiéndolos antes limpiado bien, por medio de un* embudo; se atarán por una estremidad, y se llenarán antes de poner la atadura, teniendo cuidado de no hacerla demasiado larga: se cocerán en agua templada hasta que al picar con un alfiler no salga ya sangre. Entonces se retiran y se dejan escurrir y secar, cortando de ellas pedazos mas ó menos largos; advirtiendo que no debe hervir el agua, porque rebentarian. Se ponen en parrillas ó en asador.

Esta es preparacion estremadamente indigesta, aunque muy apetitosa; pues que sin las especias y otras sustancias que se mezclan en la sangre del animal inmundo, no pudiera comerse de manera alguna.

Morcilla blanca.

Se mezclan pechugas de aves majadas en alguna cantidad: se pican cebollas cortadas en pedazos cocidos en caldo, sal, especia y miga de pan cocido en nata; todo esto se maja junto para que quede bien amalgamado, añadiendo yemas de huevo y nata. Se llenan los intestinos, y se cuecen en agua con mitad de leche, y así que está á punto, se pican y se ponen á tostar en una cajita de papel dada con manteca.

Salchicha.

Se toma un trozo de carne mechada, se la pica con cebollino, peregil y un poco de ajo, segun el gusto, sazonándolo convenientemente. De esta mezcla se llenan los intestinos, atando sus estremos, y se ponen por algunos dias al humo en la chimenea: cuando se hayan de comer se cuecen por dos ó tres horas.

Salchichas á la italiana.

Se pica carne magra de cerdo con una cuarta parte de tocino regular, y se sazona con especias, sal, cilantro y anis en polvo. Sobre esta mezcla se *echa vino blanco, y otro tanto de sangre de cerdo* aun caliente, haciendo hebras con la carne de la cabeza del animal para introducirla con lo demas en los intestinos, y se atarán á un tamaño conveniente; se cuecen y ponen al humo.

Sesos de cerdo.

Del mismo modo que los de vaca y demas de que hemos hablado.

Cochinillo en salsa blanca.

Se cortan en pedazos mayores ó menores los restos del cochinillo de leche asado: se pasarán por manteca, y despues de humedecidos con agua ó caldo, se añade un ramillete, sal y pimienta. Acabada la salsa, se quita el ramillete, reemplazándole con un batido de yemas de huevo, y el zumo de un limon para servirla.

Tesoro de Moral Cristiana.

Esta lujosa coleccion de lo mas selecto que se ha escrito en todas las naciones sobre religion, ha merecido los aplausos de toda la prensa periódica, por su mérito literario y por la profusion de primorosos grabados que la embellecen. Se están concluyendo los Santos Evangelios, que formarán el primer tomo. Acompañará á la última entrega una hermosa lámina litografiada. Concluido el primer tomo, seguirá la mejor obra religiosa (que se tiene preparada) de uno de los mas célebres escritores modernos de fama europea. Obra amena é instructiva.

Salen tres entregas al mes á 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias.

MADRID.—1844.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.